

# Las "víctimas silenciosas de la injusticia"

Por RAFAEL GAMBRA

En fecha todavía cercana, publicaba la prensa un mensaje de Pablo VI dirigido a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el que, tras reiterar su adhesión a la Declaración Universal de Derechos del Hombre, con ocasión de su 25 aniversario, recuerda a aquel Alto Organismo «la urgencia de construir una comunidad humana en la que se garantice a todos los individuos, grupos y minorías los derechos de la vida, la dignidad personal, el desarrollo y la distribución equitativa de los bienes de la naturaleza y de los frutos producidos por la civilización».

(Naturalmente, en estas urgencias no figura ninguna de carácter religioso ni dirigida a honra y servicio de Dios, como nada de tal carácter contiene la elogiada Declaración Universal.)

Dice a continuación el Soberano Pontífice: «Prestamos nuestra voz a todas las víctimas silenciosas de la injusticia para protestar y para suplicar.» (No para bendecirlas como bienaventurados a imitación del Divino Maestro.)

Esto nos sugiere una reflexión sobre quienes sean hoy esas «víctimas silenciosas de la injusticia». Pablo VI enumera algunas en su Carta: las víctimas «de la discriminación racial y étnica, las de cuanto se opone a la autodeterminación de los pueblos, las que ocasiona la violación del derecho a la libertad religiosa» (es decir, de cuanto se oponga a la laicidad del Estado, hasta hace poco condenada, hoy bendecida).

Pero existen también otras víctimas a las que jamás se alude y a las que conviene más el calificativo de silenciosas que a las enumeradas (que no lo son demasiado). Víctimas que quizá sean un poco todos los hombres, conscientes o no de ello. Son los que ven desmoronarse su mundo espiritual y religioso a manos de quienes deberían ser sus depositarios y guardianes; quienes no pueden tener ya criterio sobre el bien y el mal «porque no tiene ya Doctores la Santa Madre Iglesia que sepan responder de nada»; los jóvenes que inician su camino por la vida sin norte, norma ni fervor posibles; los padres que no saben en nombre de qué educar a sus hijos ni mantenerlos en una disciplina; los desdichados y los enfermos que no saben de qué colgar su dolor; los atormentados que no tienen ya el silencio de un templo donde buscar consuelo y paz para sus almas; los sacerdotes y religiosos que no pueden saber ya qué fue su vocación ni para qué sacrificaron sus vidas y anhelos...

¿Qué voz se elevará hoy al Cielo y a los hombres en favor de todas esas «víctimas silenciosas de la injusticia»? Sin embargo, parece que es la Iglesia precisamente la encargada de vindicar y proteger a esta clase de víctimas y de sembrar en el corazón de los hombres la semilla que evite en lo posible las otras víctimas, las del orden temporal.